

1, 2, 3
¡VÉNTAME!

¿QUIÉN PARTICIPARÁ A ESTA GRAN FIESTA?

Seguro que tienes amigos y te gusta reunirte con ellos. Los invitas a tu fiesta de cumpleaños y quieres que todos estén presentes ese día. Tus padres, hermanos, abuelos y todos tus seres queridos estarán allí. Tu madre está preparando pasteles y bebidas, tú estás decorando la casa y vais a pasarlo muy bien juntos. Es una fiesta. En el cielo también habrá una gran fiesta. ¿Sabes quién lo ha preparado? ¿Quiénes son los invitados? ¿Quién va a asistir? ¿Eres tú uno de los invitados? Vamos a escuchar esta parábola en la que Jesús responde a todas estas preguntas. Puedes leerlo de nuevo en el Evangelio de Lucas, capítulo 14 desde el versículo 16.

¿VENDRÁN TODOS LOS INVITADOS?

Este hombre es amable y generoso. Vive en una hermosa casa rodeada de prados verdes, árboles y flores de todo tipo. Tiene muchos sirvientes. Los ama a todos y sus sirvientes le sirven con alegría. Todo está en paz. A menudo se oyen risas, canciones, pero nunca peleas. Es bueno vivir con este señor. Un día, decide dar una recepción. Organiza una gran comida en la que habrá mucha gente. Envía la invitación a todos sus amigos. Compra la carne de mejor calidad, verduras frescas, las mejores frutas, los mejores pasteles. Decora la habitación más hermosa de la casa y contrata músicos talentosos. Todo está organizado para que todos puedan disfrutar. Finalmente, llega el gran día. Las mesas están cubiertas con hermosos manteles. Platos apetitosos perfuman la cocina. Los sirvientes están vestidos impecablemente, todos están en su puesto, todo está listo, ¡sólo faltan los invitados!

El hombre ya está deseando darles la bienvenida. Envía a su sirviente a avisarles. El criado se va sin perder tiempo. Llega a la casa del primer invitado.



- He venido a buscarte para la fiesta, puedes venir, ¡todo está listo!

- ¡Ah, qué pena! Acabo de comprar un campo y tengo que ir a verlo.

- ¡Oh, de verdad! ¿Hoy?

- ¡Sí hoy!

- Mi señor estará realmente decepcionado. ¿No puedes hacer un esfuerzo?



- No, no puedo, será para otra ocasión. ¡Dale las gracias de mi parte!

El criado se dirige a un segundo invitado:

- Mi señor me envía para decirte que la gran comida está lista y esperándote. ¡Es hora de venir! Nos alegraremos todos juntos.

- ¡Acabo de comprar unos bueyes y hoy aprovecharé el buen tiempo para probarlos en mis campos!



- Puedes probarlos mañana u otro día. No hay prisa. Si no vienes, mi amo será muy feliz. Lo ha preparado todo.

- ¡No, no puedo! Pero le agradecerás su amabilidad. Disculpa, pero no tengo tiempo, los negocios son importantes, ¡no pueden esperar!

El criado se apresura a llamar a la casa del tercer invitado.

- ¡Oh! Pero no me es posible venir. Acabo de casarme. Tengo que cuidar a mi esposa.

- ¡Ven con ella, ella también está invitada!

- ¡No! ¡No! Preferimos quedarnos aquí. Ambos somos tan felices. ¡Gracias! Vendremos en otra ocasión. ¡No olvides pedirle disculpas!

El sirviente regresa a casa su señor, muy decepcionado.

- Lo siento, pero todos encontraron excusas para no aceptar tu invitación. No quieren venir.

El dueño de la casa está muy enojado.

- ¡Bueno, ve rápido! Ve por las plazas y las calles de la ciudad y trae aquí a todos los indigentes, los pobres, los enfermos, los ciegos, los lisiados, ¡tráelos a todos!



Cuando el sirviente regresa, está muy feliz. Toda esa gente no tiene nada que los detenga. No buscan excusas y aceptan felizmente la invitación.

Muy contento, el sirviente trae la buena noticia:

- Señor, han venido y son muchos, pero aún hay espacio.

- Pues bien, vete más lejos, fuera de la ciudad, por los caminos del campo, a lo largo de los cercos, bajo los puentes, y a todos los que encuentres, invítalos, insiste en que vengan.

¡Todos serán bienvenidos en mi casa!

El sirviente empieza a buscar a los que están en los caminos, bajo los puentes, en los descampados, escondidos bajo cajas o en rincones.



- ¡Vengan, amigos! ¡Venid, porque mi señor os invita a una gran fiesta que ya está preparada! ¡Os está esperando!

- Pero mira, estamos sucios. ¡No podemos venir en este estado!

- ¡Venid tal como sois! En casa de mi amo, podéis lavaros, os quitaremos la ropa vieja y os daremos otra limpia.

- Entonces está bien, venimos ¡Venimos todos! Te seguimos hasta casa de tu señor.

Han llegado en tal número que la gran sala está llena de invitados. Qué alegría para este hombre ver a toda esa gente participar a la gran fiesta que ha preparado. ¡Qué alegría para los participantes! Están todos juntos en presencia de este buen hombre que los acoge y les da todo en abundancia. Es aún más hermoso de lo que podrían haber imaginado. Y los invitados que rechazaron la invitación, ¿sabes lo que les pasó? Pues el señor no volvió a aceptarlos en su casa. La puerta está cerrada, y ahora es demasiado tarde.

1, 2, 3, 4 ¡Y TÚ Y YO!

¿Estás listo para responder a nuestras preguntas? Veamos juntos. ¿Quién está preparando esta fiesta que va a tener lugar en el cielo? ¡Sí, es Dios! Es el hombre bueno y generoso de la parábola. ¿Qué representa la fiesta? Es una imagen para hacernos entender que la vida en la presencia de Dios será como una fiesta, será una felicidad sin fin, no más lágrimas, no más enfermedad, no más sufrimiento. Y el sirviente, ¿a quién representa? Todos los que dan a conocer la invitación de Dios. Para ti, los sirvientes de hoy somos nosotros.

¿Y quiénes son los invitados? ¿Tienes alguna idea? Vamos, te contestaré con una palabrita de cuatro letras: ¡T O D O S! Sí, todos nosotros. Dios nos invita a todos a los grandes y a los pequeños. Tú también estás invitado. Ahora tenemos que averiguar quién va a participar en esta celebración. Pues bien, son los que aceptan la invitación, los que dicen: ¡Sí!

4, 3, 2, 1 ¡Y NOSOTROS LOS PADRES!

Nuestros hijos como nosotros, recibimos diariamente invitaciones de todo tipo para nuestra vida en la tierra. Invitaciones para conocer, descubrir, aprender, ganar y consumir una y otra vez. ¿Tomamos el tiempo necesario para considerar la invitación de Dios? ¿Qué valor le aportamos? Según la importancia que le damos a la invitación de Dios, le hablaremos de ella a nuestros hijos. Es una invitación solemne y la decisión final depende de cada uno de nosotros, grandes o pequeños. Tiene un significado eterno. Si hemos aceptado la invitación de Dios, nos convertimos en sus sirvientes y tenemos la misión de darla a conocer a los que nos rodean.